

Manuel Durán Díaz

3 DIMENSIONES
PARA
MI TIERRA

PRÓLOGO Y SELECCIÓN DE SERGIO GAYTÁN M.



EDICIONES UNIVERSITARIAS
UNIVERSIDAD CATOLICA DEL NORTE



Grata -para no excederse en el calificativo-, aparece aún la poesía del antofagastino Manuel Durán Díaz.

Tres dimensiones para mi tierra tiene raíces que el tiempo, con zancadas de decenios, ha tornado distantes en las conciencias nortinas. Mas, ¿qué es la temporalidad respecto de la Poesía? La simple mención de algunas de sus obras, supera el problema: **Inauguración de la tierra** (1942); luego, **Tierra de madrugada** (1947).

Hoy, manos amigas ofrecen el volumen **Tres dimensiones para mi tierra**, en fraterno gesto, mínima retribución por un hecho irrefutable: Manuel Durán Díaz tiene su sitio en una tradición de poesía nortina donde figuran Antonio Rendic, Andrés Sabella, Mario Bahamonde, Nicolás Ferraro y a la cual contribuyeron con aportes generosos Floreal Acuña, Juan Gana, Raquel Gutiérrez, Arturo Ramírez, Danilo Tacussis, Raúl Huerta...

Momento ha de llegar. La historia de la Literatura Nortina, lo acreditará. Por ahora, deleitémonos con una poesía que, de manera natural, sin estridencias, exhibe en propiedad el sello que afanosamente persiguen audaces innovadores de las letras contemporáneas.



*Esta obra cuenta con el aporte del
Consejo Nacional del Libro y la Lectura
Programa Becas de Escritores
1997*

Manuel Durán Díaz

3 DIMENSIONES
PARA
MI TIERRA

PRÓLOGO Y SELECCIÓN DE SERGIO GAYTÁN M.



EDICIONES UNIVERSITARIAS
UNIVERSIDAD CATOLICA DEL NORTE

Registro de Propiedad
Intelectual N° 101.022

I.S.B.N. 956 - 7012 - 66 - 0

Ediciones Universitarias
Universidad Católica del Norte

Número 41

Primera edición, agosto 1997

Proyecto la edición: S. G. M.

Impreso en NORprint

A. Prat 1261, Antofagasta.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Abstract

During his life Manuel Duran Diaz, only published two of his works -INAUGURACIÓN DE LA TIERRA (Anthology, in 1942), TIERRA DE MADRUGADA (1947)- but the great majority of his literary output remained unpublished. Fifty years later, sees the appearance of his third work: Tres dimensiones para mi tierra.

The newtext respects the structure of the book envisaged by the poet, a book of poems in three sections, the first section is a series of poems for children, the second section is comprised of a series of short love poems and finally a section of poems which takes the reader on a tour of the North of Chile, from its beginnings to its place in the modern world.

Duran Diaz was a tireless worker for culture, and his lifes work was devoted to the spread of cultural values to the people of Antofagasta through the medias of the press and radio.

Prólogo

Manuel Durán Díaz. El hombre y su obra, veinte años después

Manuel Durán Díaz nació en Antofagasta el 11 de diciembre de 1918 y falleció en la misma ciudad el 2 de enero de 1977.

Creador cuyo profundo afán regionalista lo demostró a través de la prensa, con artículos en los diarios *El Abecé*, *El Mercurio de Antofagasta* y *La Estrella del Norte*, donde se cobijaba bajo el seudónimo de *Chango*; de las revistas que editaba, «Septiembre», «14 de Febrero», y los cuadernillos poéticos de «Cobrisal».

Su incansable vocación de nortino la vuelca además en los radioteatros, uno de ellos lo llevó tras la quimérica búsqueda de *El Derrotero de Naranjo*, otro, hacia *Armando Carrera*, autor del vals de Antofagasta, un tercero lo hace reflexionar con las vicisitudes que sufrió su personaje a través de *Los sesenta pesos de Lucho Rivera*, y un cuarto, con *Una plaza para la muerte*, que además se llevó a la escena teatral.

De la radio, cuyas «Glosas del Mediodía» por años leyó Ricardo Olivares y que terminaban con la clásica frase «¿Les parece?» o del programa cultural «Surcando Surcos», que compartimos en su inicial momento y que luego mantuvimos -domingo a domingo- por más de dieciocho años... y que aún perdura, y de sus únicas

dos obras literarias publicadas en vida, la compilación antológica **INAUGURACIÓN DE LA TIERRA y TIERRA DE MADRUGADA.**

Otro segmento de nortinidad y afecto por los demás lo leemos en el siguiente párrafo:

«En agosto de 1953, por sugestión de Durán, «Cobrisal» logró que el Alcalde Humberto Albanese Cortés y los regidores Adolfo Bultó y Mario González Zubia, propusieran y constituyeran la Orden de los Caballeros del Ancla, cuya primera entrega se realizó el 23 de agosto de 1953».

El testimonio corresponde a Andrés Sabella, primer Caballero del Ancla junto a Antonio Rendic, en artículo publicado en la ciudad el 14 de octubre de 1980.

Sin compromisos entregó su opinión respecto al acontecer y problemas locales y regionales, frente a las dilatadas soluciones que se prometían desde las orillas del Mapocho.

A grandes rasgos, esto y mucho más fue lo que desarrolló Durán Díaz, el poeta que hoy, a veinte años de su muerte, rendimos homenaje con su libro póstumo **TRES DIMENSIONES PARA MI TIERRA**, guardado por años en nuestros archivos en la medida que alguna vez oficiamos de ‘secretario’ y celoso guardador de su quehacer.

Manteníamos entonces una deuda con su creación, en la medida que permanecía inédita, la que hoy asumimos en gesto de amistad y poesía gracias al Consejo Nacional del Libro y la Lectura, que nos otorgara la Beca a la Trayectoria en el Campo de las Letras, 1997 y al apoyo brindado por Ediciones Universitarias de la Universidad Católica del Norte, que nos permiten ofrecer a los lectores esta edición, confiados en que será un valioso aporte al desarrollo y conocimiento de la lírica regional.

Quiso el misterio de la poesía que hubiesen de transcurrir,

además, cincuenta años desde su segundo libro publicado, **TIERRA DE MADRUGADA**, 1947.

TRES DIMENSIONES PARA MI TIERRA, respeta la idea de estructurar el libro en las tres secciones que un día soñó el poeta: una serie de poemas con temática infantil; una segunda, con poesía de corte amoroso y, finalmente, una selección de poemas que permiten recorrer el Norte de Chile desde creados orígenes hasta conseguir cierta trascendencia universal.

De lo infantil se rescata una serie de seis poemas, en versos breves y ágiles, que van desde una verdadera introducción poética hasta un crescendo mayor.

De lo amoroso, una primera muestra con siete poemas que mantienen la estructura del verso libre y que corresponden a distintos momentos de inspiración; luego una serie de cinco, más «narrativa», aunque sin perder jamás su lirismo, a través de textos que sugieren cierto testimonio epistolar, que en forma aparente corresponderían a un determinado período. Distancias, lejanías y cercanías, son el leit motiv para esos textos.

Creemos que esta tercera dimensión y que es la más extensa -dieciocho poemas- podrá resultar la más novedosa tanto para el lector como para el estudioso de la lírica nortina. Sin temor a caer en el lugar común de que *eran poemas que faltaban* dentro de nuestra particular literatura, obsérvese el aporte, siempre a través del lenguaje, lo desencadenante de algunos de los versos, así como lo prístino que resultan ciertas imágenes. Aquí, se va desde lo telúrico a lo intimista, del consejo a los hijos hasta su preocupación por el tema de la muerte. Quisimos cerrar no sólo esta parte sino el texto en general, con un verdadero himno a la alegría: recomendaciones de cómo debe comportarse su esposa (Albina Torres) después de su propia muerte.

Veinte años después, la poesía de Manuel Durán Díaz sigue

fresca... Y como dijo el poeta en su inicial libro,

«hemos tenido la satisfacción de cumplir una etapa de nuestros sueños respunteados de vigiliass, y de abrir las represas, para entregar a las aguas submarinas el sabor que tiene una confabulación de cielos y de pájaros, y un horizonte que siempre huye disparatado como flecha a un blanco cada vez más lejano».

Quede en las manos del lector este texto.

Sergio Gaytán M.

Manuel Durán Díaz

3 DIMENSIONES
PARA
MI TIERRA

Y el verso te cuenta

Sí, mi amigo,
fui como tú.
Tenía una cara,
una frente,
un taco
y unas medias suelas,
constantemente,
mojadas por el juego.
En lugar de los ojos,
dos bolitas perseguían
una invisible
¡hachita y cuarta!
En la boca
llevaba un alfajor
que me endulzaba
la palabra.
¿Y tú, amiguita?
Eras como ella:
serena ennoblecida.
También con dos ojos,
pero éstos le ocupaban
la mitad de su cara.
La conocí en un camino
que una gran puerta,
a lo lejos... cortaba.
Esas dos alas iguales,
un gran candado,
con bonete de ogro,
su hermetismo cuidaba.

Dos cerraduras
su panza lucía.
Ella me miró
y sacó una llave
temblorosa de ternura.

Con ella
abrió una tenaza
del candado,
y la otra
muda,
me miraba.

De una cadenita
que llevaba escrita
en el pecho
sentí también
temblar una llave.

Al agitarse
mi pecho
la acercó
al candado.
¡De una risa
se abrió
la puerta!

...

y nuestras manos
se juntaron.

Allí ya estaban ustedes
reunidos,
nos esperaban.
En el papel de sus voces
traían
hasta sus nombres anotados.

Bien, amigos,
en versos
les he contado,
la historia
de esas dos llaves
la misma que ahora llevan
amaneciéndole
en las manos.

Quizá
por qué
camino
vienen
formándose
otras llaves
que abrirán
la puerta
de alas iguales,
con ese candado
de bonete ogro
y de dos cerraduras.

Esperarán
para que continúen
esta historia
que empieza...

¡Amigos!

Les voy a contar un verso
como a mí
me lo narraron.

Manos para una historia

Mano tuya
mano mía
qué alegría
nos arrulla.

Ya unidas
una sola
una vida
una ola.

Caen risas
arden bocas
lloran brisas
noches tardes.

Dos huellas
una estrella.

II

Mano nueva
llega llega
transfigura
otoño primavera.

Columpio ternura
mano lámpara
es ya nuestra
qué serena.

Caen juegan
tan pequeñas.

III

Cantan dedos
en cintillos
en muñecas
en los trenes
de cartones
peces rojos
en la arena
vuelan vuelan.
Manos manos
cantan cantan
reunidas reunidas.

IV

Manos crecen
suena tiempo
una escuela
patio viento.

Alas delantales
hojas poemas
breves lágrimas
alguien llega.

Esas manos
nuestras breves

formas tienen
de tijeras.
Ayer nudo
hoy ya nada.

Peces rojos
sin los trenes.

V

Mano tuya
mano mía
reunidas
solas solas.

Puerta abierta
sin aldabas
entra el tiempo
nos sonrío.

Manos manos
tuyas mías
solas solas
pero unidas.

Domingo de calendario

*En su primera
semana de clases.*

Papá,
cómprame sólo domingos
o días festivos.

¿Cuántos silabarios
tengo que aprender
para ser aviador?

No importa
abuelita
me regaló
un
lápiz rojo
y esos números
negros
de puerta
sin salida
rojos los pondré
y hasta el calendario
correrá feliz
al mirarse
vestido
de puros domingos.

Luna para dialogar

Ella: ¡Mira, papá,
la Luna nos sigue
desde que salimos
de casa!

El: Cerremos los ojos
y pasará de largo.

Ella: ¡Eres tan mentiroso
que no te creo
ni lo que mientes!

El: Haz la prueba:
¡Ya no la veo!
Se perdió
adentro de mis ojos.

Ella: Papá, pese a tener
mis ojos cerrados:
¡está allí!
Y mucho más grande
la veo...

El: Aprovecha,
entonces,
la ocasión:
cumple tu deseo,
y empieza
tu extraña petición.

Ella: ¡Tienes la mejor razón!

Y me dará su albor
para fabricar juntos
millones de sábanas,
para regalar a los niños
más pobres del mundo...

El: Y, ¿para qué
buscas tantas sábanas
si ellos, de seguro,
no tienen camas...?

Ella: Papá, lo mejor es
soltar la luna de los ojos
y que se vaya.
Esto se ha complicado
si me sigues
haciendo preguntas...

El color de la costumbre

¿Por qué, mamá,
tiene el pelo blanco?

Todo es cosa de costumbre
¡mirar colores!

Vean:

Llegaron ustedes,
con ustedes, el Alba,
adentro de las mantillas
un telón de sábanas,
luego mamaderas,
donde el blancor
recién es ordeñado.
Fundas, almohadas,
correctamente
de pie
con sus botas
almidonadas.

Blancos eran
los cuatro puntos
cardinales
que limitaban el país
de sus cunas,
de sus camas.
Y ese color
de tanto mirarlo,
subió a su pelo
y se quedó allí,
peinándola.

Tienes ahora
la explicación.

¿Aún me miran?

¿Por qué no tengo
el pelo blanco?

Al pensarlo
quizá también estaré
por allí;
pero ella
a la par de silenciosa
es discreta.

Quizá por eso
nunca
me ha mostrado
la fe de bautismo
de alguna de sus canas.

Canción de marzo para la escuela

Parte la campana el cielo en un terrón de música,
con una mitad de sueños y otra mitad de azúcar.
Leche nueva que abre otra vez su floración
en la mesa familiar.

El padre, como otro alumno,
sueña caminos nuevos
y se va
a deletrear el silabario del cielo.

Marzo, cataclismo de formas
que cabe en el bolsón colegial.

Mi hijo pequeño lleva en los ojos dibujada una pizarra
y forma de arenas, tizas blancas, cobre, azufre y plomo,
una colección particular de lápices de colores.

Marzo, también hay otros hijos que van a escuelas grandes
donde sabrán que no sólo era un gran guerrero
y usaba el pelo a la manera de un guerrillero;
que don Bernardo pintaba cuadros chilenos
y por las noches tocaba el piano y cantaba lejanas canciones
con acento irlandés.

La música está hecha en los bancos de la primaria
y las notas tienen alfabeto de cariño y comprensión.
Un mocetón alto que luce estampa de hijo

Lo llevo adentro hecho cuerdas de guitarra,
ahora camina hacia otros paralelos
a estudiar este marzo y los meses venideros.
Tendrá la geografía de una nueva escuela
clavada en otra tierra.
Echaré de menos su presencia, su voz
ya gruesa con los primeros cigarros y en la sombra
de su párpado izquierdo retratada las iniciales
de una chiquilla cuyo nombre se lleva como un rompecabezas.
Allá lejos dibujará su imagen y le comprará un traje de lluvia.

Marzo, la madre en las tiendas.
Marzo, la madre de compras.
Marzo, la madre lava y sueña entre pantalones pequeños
y grandes, entre delantales y una fila de pañuelos
que parecen palomas jugando en el cordel del patio.

Marzo, la madre y el padre piensan
que vuelven a ser pequeños!

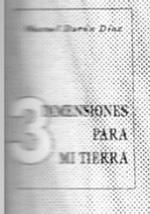
El hijo mayor que marcha no hace nada que era pequeño
y el pequeño es hoy una raya de luz
sin moverse adentro de un ala.

Marzo, marzo, marzo... Pizarrones y escuelas.
Chile se pone su traje de alumno y asiste a clases
a forjar el mañana de todos los marzos que caminan
y vienen de la geografía de la tierra.

Otros hijos van a una escuela donde la música

es un silabario y en una lección de corcheas y de fusas
descubren América. Las notas negras le enseñan quién fue
Abraham Lincoln, el leñador norteamericano
que puso una biblia blanca en las negras manos
de los esclavos negros.

Marzo, tercera hoja del calendario,
contigo haré un barco de papel con nubes de verdad
y un mar de azul en vuelo
y cuando con su equipaje lleguen los problemas
me embarcaré en él a mirar desde lejos cómo pasa el tiempo
cuando suena la campana del regreso.



Arcano

Tu mano es mano mía,
mi cuerpo es cuerpo tuyo.

Tu voz y mi voz
suenan en una armonía,
tejidas en un gozo
que es tuyo y es mío.

¡No podemos separarnos!

¿Quién nos compraría
en la feria, si estamos divididos?

Cercanía

 Cuando
 mis palabras
 se me ponen
 tristes,
 secas y amargas
 y no quieren
 estar a solas
 suben
 a tus ojos
 a bañarse
 en su brillo
 y a mendigar
 a tu boca
 que baje
 a la mía.
 Allí
 tus palabras
 hechas
 de dulces celdillas
 aprisionarán en tu luz
 las palabras
 tristes y sombrías
 a mi boca
 tejidas.

El vaso

Manos de alquimia y de deseo
y una tijera que recorta siluetas
de mi rostro
en papeles de colores
que no han existido nunca.

Sólo tú y mi sed tienen presencia
cada día que amanece
cada tarde que anochece
manos de alquimia y de deseo.

Sólo la pulpa de tu vientre
generoso
la resina de un pino
encanecida de milagros
darán la cábala de la sed y del embrujo
y podré plasmar un vaso
y beberte
de un sorbo
con el alba.

Transformación

Niña alfarera

ahueca la greda de tus manos

y dadme de beber.

Con la primera lluvia

forjarás un cántaro

con tus manos

y con tu sed.

Sed en la tarde

Las muchachas de esta tierra
bajo la tarde
adelgazan sus siluetas
en láminas de plata fina.

Mis ojos, mineros de cepa antigua,
arden y relumbran
cuando por los caminos
del meridiano
lenta, empieza a subir la tarde.

Nuestra división

Cinco risas y diez lágrimas
cada hora nos deja
¿serán más las penas,
serán tuyas las risas?
Guarda el mantel de tu mesa
y no dividamos el pan del destino
como lo hacemos con los besos:
tus risas serán tuyas
y las penas serán conmigo,
como esas fieras amaestradas
de los circos que pasan por el pueblo
¡no temas, es cosa de costumbre!
Las penas me lamen la mano
como un perro agradecido:
las cuido, las mimo
no las echo de mi cuarto,
ni tengo para ellas
una blasfemia.
Y al día siguiente
se van sin despertarme
silenciosas, sin un ruido.
Olvida esa hora y su cuota
de pena y de alegría,
mientras en mi boca
tenga la cereza de tu risa.
Olvida para siempre
ese albo mantel de tu mesa
que esa división y esa hora
que tanto te preocupa...

¿Por qué?

Si tus labios, pulpas
de frutas generosas,
me enseñaron el camino
de la sed,
¿por qué ahora me lo niegas?
¿por qué?

Mi piel era un tambor
de música tranquila,
tejida de luz y de sol,
y tus caricias
me incendiaron
que ahora no sé dónde comienza
ni esa piel.

¿Por qué ahora te llevas
tus manos mujer?
¿por qué?

Era un cuaderno simple
de hojas de escritura simple
con temas simples
para mis ojos simples
y mis manos simples.

Ahora, todo es confuso:
la noche era horizontal
como una mujer de medias caídas
y el día, una sensible vertical.

Hay números, rayas, paréntesis
y cuerpos, bocas, senos,
y tus ojos que me sonríen

desde una página
que tiene dientes y muerde.

¿Mujer, si éramos simples,
con mi cuaderno simple,
por qué has roto mi mundo simple
por ese caos que vive tu mundo?

¿Por qué, mujer, por qué?

Por qué, por qué
-te pregunto-
y no me sabes responder.

¿Por qué también,
como yo, preguntaste ayer?

¿Por qué, por qué?

Y pasaron y pasaron
los fantasmas mudos,
las casas deshabitadas
los trompos sin púas
el violín sin una cuerda
los mapas sin países
y tú allí, detenida,
con dolor de pregunta,
con tu piel ardida
y tus preguntas como las mías,
hechas piedra rodando
en ecos a un precipicio,
¿por qué, mujer, por qué?

Nadie nos quiere responder.

¿Por qué, por qué?

Viajera

Esta tarde me has dicho que te irás,
y yo, sin escribirlo, he pensado,
que será por algunos de esos caminos
que arrienda la tierra,
para que puedan viajar sus bosques y sus ríos,
y también este desierto
que nos lee en su atril acostumbrado.

Florece­rás, entonces, en otro pueblo de caras solas y extrañas,
junto a la espalda ruda de la tristeza
que abrirá sus gastadas estaciones,
a fin de que allí registres tu nombre.

Pasearás algún vestido nuevo,
y por cierto que será de traslúcido durazno,
por alguna plaza, tan antigua o más que la nuestra.

Y un árbol, que de seguro no sea un pimientito,
tendrá que aprender de memoria tu sencillo nombre.

Déjame, entonces, que las garumas con su yunque de sonidos,
acuñen el metal que me dejas, en forma de tristeza,
en láminas que el viento adelgace en su cantar.

Peregrinarás, en el barco sin sombras de tu cuerpo,
con tu sueño que se hace largas escaleras y jarcias.

Te miraré, desde el muelle, con mi uniforme de capitán muerto
y con una sonrisa, que no será ancla, navegándome en el pecho.

En una calle de nombre difícil, vivirás, sin duda

y esa brisa verde, que me cuentan que por allí reside,
secará, imperturbables, mis recuerdos,
igual que lo hacía nuestro viento,
con la ropa que colgaban en el patio de tu casa.

De cuando en cuando, una carta echada al buzón del tiempo,
y unos trenes que corren ciegos por los rieles de la noche,
repitiendo nuestros nombres, sin saber que ya nos conocemos.
No llores. Tampoco temas. Menos te engañes.
La vida es siempre andén de llegadas y partidas.
Los puertos los inventó un marinero enfermo
para estar siempre soñando con ellos.

Luego, sin saberlo, encontrarás que en otro vivo,
que sus ojos son los míos, y que él usó mi voz.
Aunque todo esto no sea más que una dulce mentira
que inventas, para no molestar tan pronto al corazón.

Y tú con nuestra sangre y con nuestros besos,
que tantas veces hiciste uno, no sabrás qué decir.
Dirás algo del tiempo, de la distancia, del silencio,
y sin saberlo, poco a poco, te sentirás feliz.

Entonces nada quedará de esa lámpara indivisible,
ni de ese albo mantel que dividía nuestro pan.
Ni de mis sombras que te llevabas creyéndolas tuyas,
ni de tus sombras que las hacías guijarros de claridad.
Y al presentir que ya de ti he desaparecido,
buscaré otros ojos y mentiré otra vez.

Y para que el corazón no sufra, le dirás que has vuelto
un poco más cambiada, pero amándome más.

*Todas las cartas de amor son
ridículas.
No serían cartas de amor si no fuesen
ridículas.*

*Yo también, en mis tiempos, escribí cartas de amor
como las otras
ridículas.*

*Las cartas de amor, si hay amor,
tienen que ser
ridículas.*

*Pero al final
sólo las criaturas que nunca escribieron
cartas de amor
son
ridículas.*

Alvaro de Campos
(Fragmentos).

El sur para la lluvia

*CHILE se extiende desde un planeta recién
descubierto, hasta donde empezó el mundo.*

*L*a lluvia tiene que levantarse temprano;
coger la tarjeta de control y esperar el paso del tranvía.
Tiene a su cargo la distribución del personal que sale
en sus bicicletas de nubes;
receptar la niebla que cae en paracaídas
de la atmósfera alta que vive en suspenso, intranquila
porque muchas veces los jet le han destruido la cosecha
y no puede sazonar las frutas,
colocar su biberón de mermelada a las sandías y a los melones,
ni mover los trenes del aroma
que parten a dejar su carga;
a las flores que esperan,
deslavadas y descompuestas, en todas las estaciones.
Terminada su faena, sale la lluvia en su viaje de rutina
en su suave, hondo o largo caer y caer.
La tierra, muy abajo, ya ha abierto, con su concierto
el toldo verde del campo;
unos payasos corren a la grupa de los coliflores
y en la joroba de una papa adulta,
un enano remeda la forma de su nariz.
Todos corren a su cobijo.
La lluvia no quisiera mojar la carpa del circo
con sus lonas que vuelan en alas de remiendos multicolores.

A la orquesta del circo le han surgido percances:
una corchea, que ha sorprendido la lluvia fuera de su trabajo
hizo estornudar al señor trombón,
y la semifusa, que andaba en las mismas correrías
hizo tiritar a los alazanes y correr desbocados en la pista.

Tarde de lluvia sureña, que cae y cae
es el silabario que tienen los niños campesinos
para deletrear el sonido musical
de las letras que trae la lluvia.

El mate cebado con brasero de arcoíris.
Llega el potrillo de tinto calentado en rodajas
de naranjas y de canelos.
La lluvia cae y cae y la tierra se fecunda y se hace hembra
con el agua que ha penetrado al ovario de la semilla.

Cumplida la tarea regresa hacia lo alto, sube, sube y sube
a esperar en trance de camino y de cielo
la mano que la despierta, para reanudar otro ciclo.
El personal del circo agradece a la lluvia.
Se fue, sin tocarlo, por otro atajo del cielo.
Al pito del señor Corales, le brotan cilantros.
Del bordón de una guitarra nace una cebolla picada.
Un payaso pone a la harina
un poco de lluvia para el amasijo,
la señorita lluvia recibe de regalo una empanada sureña,
frita en los ojos de una colombina.

Cartulina de lluvia

*P*ensar que hace sólo un corto tiempo
eras en tu tierra habitada por la lluvia,
finos calendarios que el agua borraba las fechas,
una oruga en un estuche de alas sin abrirse,
una mariposa nueva donde aún no nacían las acuarelas.
En cambio yo traía las manos y el corazón como esos
chaquetones doblados por el uso,
igual que esos trenes de aldeas tan remotos
que el tiempo limó el acero de sus rieles
y corren por la tierra
como si fuera la trocha muy angosta.

Era de esta pampa apurada de norte,
donde el vino huele a cobre
y la cerveza se bebe en potrillos de salitre.
Estabas tan lejana y necesitaba escucharte,
oír tu cuerpo y tu voz, aunque fuera en una carta.
Así fue que una noche inventamos los aviones
que de día y de noche cruzaban los cielos
llevando y trayendo nuestros mensajes.
Y fueron tantas cartas
que el cielo cruzaron, en un ir y venir
que ya las nubes conocían de memoria nuestra caligrafía.

Fue entonces cuando en una gran cartulina
formé primero con tus letras,

el perfil de tu cara,
luego tu cuerpo,
tus senos encendidos
y ese pubis tierno mojándose en las colinas.
Y como una gitana de amor que vendió su carpa,
así llegaste a habitar la cartulina pintada en mi cuarto.
Eramos felices en nuestro mundo de cartas,
más aún cuando llegabas desnuda a refugiarte en mi lecho.

Por la noche era el viento un run-run de garumas,
esos pájaros costeros que hacen su nido en la pampa,
porque dicen que el mar allí vivió hace millares de años.
La sangre no se acostumbra a vivir sola
ni a trajinar, eternamente, por la escalera de las venas,
cuyos peldaños gastados ya conoce de memoria.

Norte lluvia

Quando mi vida se hace verso,
he sentido la ausencia de la lluvia y de su palabra.
Las nubes, por estas regiones, pasan de largo
porque no tienen ítem en el presupuesto del cielo.
No tendríamos madera para fabricar una escalera tan alta
que le permitiera venir a saludarnos.
Cuando un pedazo de lluvia aventurera
se extravía y cae en los techos de la pampa,
la arena fabrica un arcoíris y la entierra,
inmediatamente.

Allí nacen los cactus en forma de cruz
y aparece, en sortilegio de misterio,
la figura ya adulta y sin infancia,
de los pimientos.
Son los únicos semáforos amigos
que tiene la lluvia y sus nubes
cuando pasan por lo alto.

En Chile se registra el más alto porcentaje
de niños analfabetos de la lluvia.
Pero los niños de la pampa llevan en sus sienes
las altas matemática de su tierra:
saben cubicar los gránulos de arena
que caben en un centímetro cuadrado de desierto
y la raíz cúbica del Cerro del Ancla

que dicta cátedra de navegación y de permanencia
a las generaciones que pasaron,
están y llegan con músculos y sueños
con música, voces, colores y poesía,
con el heroísmo puro
de la mano que sin verdes ni lluvias,
supo fecundar esta tierra.

Carta Sur

«*F*rente a mi casa, donde ahora vivo,
hay una puerta de manzanos amarillos.
Cuando se abre, todo el cielo
se llena de aromados goznes.
La tierra sube a gastar el verde
de su generoso portamonedas,
mientras los pájaros se entretienen
y picotean el techo de los ríos.
El viento, con su gran poncho de aroma,
gobierna toda esta comarca.

Niños con mamelucos blancos,
en el fondo de los molinos,
construyen paraísos de harina.
Dicen que allí viene Dios,
cuando está cansado,
a lavar su túnica.

Los árboles
no se cansan nunca de subir al cielo.
Cada mañana parecen más altos.
Así es el pueblo que columpia mis sueños
y alecciona mi sangre de verdes lecturas.
A veces un viento raro da tumbos en las calaminas
como un niño que anduviera perdido.
La noche le tuerce las manos y él grita,

y, creo adivinar al Norte que me sigue.

Allí, en la soledad de mi cama
compagino cada pieza de tu rostro.

Te adivino tus manos, me adueño de tus fuerzas
y te suelto mi cuerpo en mi nuevo lecho
de fecunda campesina.

Al abrazarme lo haces con el perfume
resinoso de un árbol recién talado.

Tu recuerdo, entonces, sube a buscarme
y me encuentra ordenando mis vestidos
adentro de una cereza».

Carta Norte (II)

*P*ara responder tu carta, esta noche,
he usado el calendario olvidado de tu traje.
Te presiento venir por detrás de mis hombros
y se pierden las llaves de todas las puertas
que cierran mi casa.
Mis manos en mis manos
se hacen huesos de duras castañuelas,
y que baile el silencio.

El Ancla del Cerro abre su algodón
y me muestra el pañuelo
que me regalaste cuando te fuiste de viaje
y el mar te llevaba en sus brazos.

Desde el espejo que hay en mi cuarto
sales a caminar.
En la esquina del bisel se enreda tu traje
y llegas desnuda;
por el cielo pasan los trenes
y se repiten en la tierra, en ululantes pitazos.

Todo, de improviso, sigue igual:
El León de la Plaza sigue despierto,
el Reloj de la Plaza masca chicle de tic-tac
y el sereno no se cansa de buscar sus esquinas
con la vieja geometría de su marcha.

Por el cielo siguen y pasan las furgonetas de las nubes
con centralistas burócratas que dicen lo de siempre:
«Para esta zona no llega el presupuesto de las lluvias».
De allí que la pampa y el desierto
y las cuadrillas de los cerros,
le bailen a la soledad, vestidos de mineros,
y sean el pimiento y el cacto
las únicas heridas de luz del paisaje.
No salgas de la cereza,
deja igual tus ropas,
que nos beberemos mi norte y tu sur,
en el cristal de una sola boca...



Sinopsis para una biografía

Nací en este desierto con milenios de arena
y otros de silencio sin hojas de registro
y, ¿por qué tengo que aprender en la pizarra
a escribir palabras ignoradas como ríos y fucsias?

No conozco la Primavera, pero mi ciudad la recuerda
entre una Reina y un desfile de coches y máscaras.
Serpentinas que se entrecruzan y flores artificiales
que se parecen a un museo de cera, mirándose al espejo.

A mis hijos en la primaria, sentados en bancas
de sus primeras letras, les dan de lección: «¡La Primavera!»
Y los llevo a un metro cuadrado de tierra que hay en el patio
y les digo: aquí nos dejó una semilla muda que no conversa.

¡Qué nos crucen la frente y nos palpen las sienes!
cuando estamos en un bosque de luces, de calles y de mujeres,
y damos un paso y la pampa entera se nos viene encima
y no sabemos si es la paz del diluvio o comienza a nacer el mundo.

Estamos solos en el desierto, el viento no pasa, sino se queda allí,
cerca de nuestros oídos y se deshilacha en súplicas preguntas:
- Dime, esta ciudad no tiene plazas ni tampoco esquinas
donde pueda dar vuelta y no perder la huella de mi regreso!

Aquí nadie regresa -decimos-. La pampa es una gran osamenta de un cíclope prehistórico que murió soñando con el vellocino. Su esqueleto se nutrió de silencio, tierra y viento, y lentamente se marcó en este mapa la geografía dactiloscópica de los cerros.

Nací en esta tierra y conocí el aroma de la tierra sureña a través de los recuerdos de mi abuela y de mi madre, que al hablar parecían encender braseros donde chisporroteaban el aroma del cedrón y el azúcar quemada para viajar hacia el sur todos juntos a lomo de un mate bien cebado.

Entonces nadie me puede decir que el paisaje hace inhóspita la tierra, que tanta arena y soledad descuadrillan el color de los pinceles; y que la música y la poesía mueren de cansancio, con las piernas rotas porque basta sentir su pulso, un sólo instante, para ser eterno ritmo de ella.

Y sobre este cielo, bajo este cielo, entre espejos de arenado sol nací y nacieron hijos y nietos en bobina del tiempo que girará entre las aspas del cosmos y los rieles sinfín de este mapa que nunca sabrá el color ni la forma de la aguja que le dio comienzo un solo instante para ser eterno.

¡Pampa y Niño-Dios!

Si la Biblia hubiera señalado
el nacimiento del Niño-Dios
en nuestra Pampa:
¿Qué hubiera acontecido...?

¿Cómo se hubieran cansado aquellos
camellos de curvadas figuras
con esos tres Reyes asombrados,
mirando el paisaje agreste...?

Tanto cruzar mares y continentes
en seguimiento de una estrella de arena pura,
con el chisperío de oro y de plata
que aportarían tantas minas dormidas.

El salitre se haría blando lecho
y bajarían del roquerío andino
las llamas y las alpacas, a ordeñar
su tibio pelaje y su cantimplora de leche.

Si el Niño hubiera nacido en la Pampa
José y María lo hubieran vestido de minero;
y el pescador de Galilea se hubiera hecho chango,
Judas, por cierto, nunca hubiera existido.

Si el Niño hubiera nacido en la Pampa,
nunca hubiera sido crucificado.
Las garumas y las gaviotas,
con sus flautas salobres, hubieran
contado al mundo su alegría.
*«El Hijo de Dios ha nacido
y nos bendice desde su Pampa».*

Prehistoria de nuestra arena

¡Este es un gránulo de arena! ¡Un extracto cósmico!
¡Un principio tangible que dio forma al Universo!
Un granito de arena, suspendido en un triángulo
con una hebra de luz y un catastro de sombras.
En la Biblia hay muchas páginas blancas, antes del Génesis.
Allí se lee, con pupilas nuevas, el secreto de las arenas.
Allí la Biblia levanta su lectura de agua; de sombras, de luces.
Y nos cuenta que un Caballero de lengua barba, nacido de sí mismo,
inventó el agua y dio forma a dos mundos hechos de arena.
Una arena enmarcada, sumergida, voluptuosa, en un pulso de ritmo.
Con venas, arterias labradas de agua, centinelas de algas.
Se desplazaban hombres, mujeres,
haciéndose el amor, vestidos de escamas.
La luz era un tridente que, con heridas de espumas,
engrandecía su presencia.
Nadie sabía nada de eso.
Sólo charlaban de esos secretos, los indiscretos caracoles,
con sus voces de pergamino.
Esa arena solía tomar el sol a lomo de una señorita Sauria,
que creaba, de esta manera, la moda de las capas.
Millones de señoras lagartas, con alas y bronquios soldadas
al aire, traían su arena desde el fondo del mar.
Arena viva, mojada con música interna de olas,
de rompientes, de cascadas.
Nada: ... Sólo esa arena en un cataclismo, sin llaves.
El mar y su arena en los músculos de los siglos.
Pero, cuando las rodillas de esa arena, se quebraban, no podían

ya sus zancos descubrir el surco más allá de su sombra más alta,
vía silenciosa, otra arena, ¡qué distinta!

Sola, desnuda, quemada, cada poro de esa arena bajo el sol
de un nuevo continente.

¡Nada! ... La nada es danza sola, arañada, partida jadeante,
con la voz detenida, desgarrada en su misterio.

Un planeta nuevo: sin órbita, ni diccionarios donde hallar su nombre
ni la pisada de una estrella bebiéndose su pezón celeste.

Arena sin más sombreado atavismo que la forma de esa otra,
habitada, cubierta, movida por las aguas con música, pulso, vibración.
Esta arena nuestra era distinta. Otra. Mi otra.

De esa arena, lastimada de milenios, nació nuestra pampa:
¡nuestra tierra!

Su cielo graznaba alcatraces y garumas, formas prehistóricas.
Obedientes, quizás a qué compás de misterio infinito,
cayeron por millones. Con sus esqueletos se formó
la imponente geografía de los cerros.

El agua reinaba, mis amigos, donde nuestros ángeles mineros
fundaron nuestras ciudades.

Por ejemplo, los caracoles se quedaron soñando en la luz
de plata de unas piedras, y dieron su nombre a un mineral
y esas tumbas son ahora piezas robadas de museos.

La arena que tuvo tan sutil transmigración se quedó allí,
desnuda de sonidos. ¡Sólo viento en danza y en espíritu!...

Sus noches de azules espejos la entretenía con el fuego fatuo
de sonámbulas noctilucas que volvían del pasado,
con sus trajes largos y sus ojos de incendio.

¡Qué distintas las arenas!...

Blanco, Rojo y Amarillo

Colores ya formados por el tiempo mismo, hundido en los estratos de épocas que nadie ni tú mismo que oficias de fantasma, conocen la oficina del registro civil donde inscribieron sus nombres, en este tiempo de astronautas y satélites.

Cayeron de los cuadros, pero tienen los ojos abiertos en el cubo de los siglos.

Allí están mojándose mis libros, atravesados de colores que caen en mareas solitarias que luego se confunden, se pierden y navegan entre las líneas perforando las páginas con bistori de termitas.

Los colores se ubican, salen desde el tiempo sin vendas, sin algodones, sin gritos ni brújulas, conocen el lugar exacto que les corresponde en esa página mordida.

Siempre es lo mismo desde que una piedra rodara del libro cuando mil años eran sólo una pisada, y otros mil una aventura colocada en una roca, para que después los hombres con sapiente lupa estudiaran su historia y le dieran también su rótulo en una botella de piedra que se cuida en los museos y en las conferencias y que dice: «Petroglifo».

El blanco, el rojo, el amarillo de mis cuadros derretidos en una sesión de velas que no se consumen, sino se derriten, nacen, se persiguen, vuelven a morir y a crecer, cuando se tocan sus ángulos.

Allí están los colores desnudos, primitivos, cumpliendo su rol en la edad misma de la tierra, en corteza de petróleo que no es nada más que la romántica tumba que tuvo un Plesiosaurio o el fin alado de un Dinornis, la bisabuela de la avestruz

cumple en esta era su rito con su etapa de transformación.
Se convirtieron en bencina sus alas y ahora sus plumas
prehistóricas son sencillamente una palabra nueva: octano.
Y el Dinornis prehistórico viaja ahora en un Impala.
Y esos colores son y están solos, con garras duras armados de fiereza
inamovibles frente al Diluvio o cuando el Nazareno llamaba
a los pueblos para hablar desde una cruz que no era una cruz
sino una piedra, porque cuando fueron a los bosques los sicarios
y eso nunca se ha dicho desde un púlpito, los árboles se negaron
a entregar su madera y la escondieron; después sacaron un solo árbol
lo pusieron en un yermo para que lo hallara Judas.

No escribo para nadie, no puedo escucharme yo mismo,
es la extraña fuerza de estos colores que caen, chorrean
de una boca pintada que ya no es boca, es una manzana o una uva
o la sencilla llave de seguridad de un grifo que un pintor
dejó abierta y se quedó dormido con sus sienas reposando en la paleta.
No se entienden los colores, se buscan en algún lugar de la montaña
y se transforman y no vale conversar de nada, mover nada
que no sean ellos, inmovibles sin vivir en una plaza
con un kiosco o un estrado para armonizar la plática con ellos solos
creen que sólo en sus templos se guarda la verdad y la cuidan
con hondas, alabardas, fusiles, cañones, bombas dirigidas
o la nariz de un átomo sabiamente adiestrado
en laboratorios para olfatear al enemigo.

Disco siglo XXI

Quizá de qué metal extraño,
con número atómico y de peso ahora ignorados,
será el disco del Futuro.

Por cierto habrán cubicado el «do» en otras medidas de la escala
y otras gargantas fabricarán voces de acuerdo con ese mundo,
con oídos amaestrados en otras dimensiones
y con comarcas en las que reinarán nuevos decibeles.

La clásica púa del tiempo de Edison y que, con ligeras variantes,
sigue en el curso de la historia del disco
será sustituida, y estoy en lo cierto, por una rayo de música láser.

Escenario indirecto: Ella y El, en un amable rincón,
y pese al nuevo voltaje del mundo del mañana,
el amor seguirá hincado en el reclinatorio de los ojos,
y las manos enlazadas tendrán la postación invisible
de su milenario fluido.

Aunque haya servicio expreso a los satélites y a las estrellas,
la red abrirá siempre el rectángulo de su misterio
y cazará, sin medidas ni tiempo,
esos cuerpos en la partitura que inician los labios
que se juntan y las manos, con sus dulces palillos, que se enlazan
y tejen el viejo punto cadena
que pese a todo, aún enseñarán a sus nietas, las remotas abuelas.

Allí girará ese disco con densidad desconocida.

Estoy allí, en el giro de ese tiempo
y no me olviden: fui quien describió ese disco de otro siglo.

La pareja reclinada, echa andar teclas y se hace una suave
penumbra de luz acondicionada.

La música surge de todos los rincones en ondas multiplicadas,
cae en pétalos disimulados un suave aroma
y al tocar el rayo de luz la nueva esfera, se alzarán una pequeña pantalla
y allí saludarán los artistas, igual que fuera un escenario.

Los bailarines saldrán a la pista del disco nuevo
incorpóreos, sutiles, transparentes y morderán el borde del surco,
sin despeñar sus policromáticas figuras.

Pero, estoy feliz y cierto, en saberme que estaré en esos lugares,
en el adolescente que aman, en el niño que mira curioso,
o en otra mirada, antigua como la mía,
proyectado tal soy ahora,
con moderno recado para antiguos ancestros.

La densidad del disco que viene, está ya en las pupilas
preparando sus maletas, liando su misterio
en las pupilas que atraviesan la comarca del viejo río
del amor y del deseo.

La orilla donde se hace el amor libre
entre las sábanas húmedas y reseca de la tierra.

Así preparan como yo lo he hecho el mañana del calendario
que hoy palpita en sus cuerpos.

Ayer, hoy un mañana musical,
en esas ruedas de acetato quizá tan revolucionarias,
como aquella primera rueda de Ur, de una carreta
hallada cuatro milenios antes de Cristo.

Disco «78»

Allí está con su boina de duro acetato,
recogiendo al igual que los pescadores
lo hacen mar adentro con sus redes,
el tiempo lejano, perdido, sin almanaque.

Voces, guitarras, pianos y violines
se vienen en puntillas, desde muy lejos,
se restriegan los ojos, largos bostezos
parecen que lo hubieran despertado de un sueño.

La música es suave, aldonadas sus caricias,
no tiene apuro: ya partieron lo barcos,
se cerraron los caminos, dormitan los trenes
y son tan pocos los que desean conversar con ella.

El «78» da vueltas en la remota victrola,
masca los años con el deleite que lo hace una lola
con la goma gringa que alarga las caras
y se marea de alturas entre los rascacielos.

La música es ahora infancia, es ancha avenida.
De una traviesa calcomanía, salen bocas
que fueron nuestras y ahora lejanas,
que tararean las canciones al compás del disco.

La música pinta paisajes, en jugos de acuarelas,

muestra calles donde el romance peina canas
y las bocas caen en el rizo rubio de una mueca.
Disco «78», deja que abra los visillos negros

de esa ventana que da al patio del recuerdo.
Allí no existe el tiempo, todo se vuelve hechizo
de sombras que toman vida y de bocas que se acercan
y nos ofrecen el perfume de una novela trunca.

Disco «78», carrousel de caballitos de colores
que suben y bajan moliendo con sus cascotes
la música que viene memorizando perdidos rastros.
Cuando la púa despide el último de los surcos,
nos parece que llegáramos de un viaje.

Long - play en «45»

- Tú te llamas Marinés y tienes fiebre en los dedos.

Anda: rasca la manguera del jardín
y fabricarás sobre tu cielo, un volantín de nubes.

Te amo con tus faldas tan cortas que se juntan con el escote
y sabes electrizar con tus caderas,
el tambor viejo que hace sonar misteriosamente,
sus largos palillos.

Allí tienes tu Long-play «45» y tú estás jugando en el medio.

Repartes igual que los carteros el novedoso surco musical,
con guitarras que mecen a tantos cantantes
ahorcados con sus cuerdas eléctricas...

El remoto fémur de algún plesiosaurio arma flautas
para el ritmo de caníbales que mascan la tierra,
y de allí nacen las islas, los fiordos, los canales,
y ese perfil de dentadura aburrida que
muestran en los mapas, la «*vera efigie*», como dicen los diarios
de todos los continentes dibujados de la Tierra,
mordidos a sabias y musical dentelladas.

Los tam-tam del África inauguran sucursales
en todas las discoteques, boites que salpican las calles del mundo,

y manos negras embajadoras, se ponen guantes de colores,
blancas, blancas, amarillas, retintas de negro
como si la piel del negro fuera vista por dentro...

Todas las manos tocan el parche de cuero y salta
una pareja desnuda que se contorsiona
en la pista que gira y gira en tu Long-play «45».

Marinés, hay una fogata de espeso humo
y se tejen tus cabellos con tres alarmas de incendio.

El disco se vuelve rojo y quema los rostros que se juntan,
las contorsiones que estrujan y avanzan
en el eje de una voz que contrató una garganta
que estaba detenida en la mitad de una catarata
y esa voz es la que cae, palpita y muerde la música,
la Tierra, tus ojos desde cuyo fondo
salen dos discos Long-play «45»,
a mirarte desnuda en música
y millones de seres de rodillas
rezan ante sus ídolos que suben y bajan
por la escalera que gira al compás del surco,
cordón umbilical que los mantiene unidos...
Hasta que vengan quizá de qué galaxias,
otros ritmos enervantes que conduzcan las mentes
y los maneje igual que muñecos de carey que flotan
en las aguas musicales de este siglo.

Long-play «45», sigue tu obra...

País de ancianos

Voy a fundar un país de ancianos
con una plazuela de árboles sin jardineros
y un carrousel de caballos sin estribos
y unos bancos de mármoles sin historia.

Un vendedor de globos con asientos reclinables,
de colores libres del arcoíris
y trepar en ellos por puentes sin bisagras,
y viajar suspendidos, jugando a ser hombres
con toda suerte de maromas y de acrobacias.

Desde la tierra, otro viejito, sonriendo da vueltas al manubrio
de un circo suspendido en el espacio.

Después, juntarlos con esas viejitas
que no tienen pergaminos de recuerdos en la mirada
y danzar juntos en esa viruta celeste que deja caer el cielo,
cuando pasa la madera de una estrella
o el tablón, sin cepillar, de un cometa.

Cuando me siento solo, o veo llorar a uno de mis hijos,
con el amigo encerrado en la biblioteca,
en cuita de amores nuevos, les extenderé una invitación de viaje
para que vayan e inauguren, con su juventud sin mapas,
ese nuevo país de ancianos, recién hecho,
fundado esta mañana de septiembre cuando el mar

conversa con las gaviotas y ellas dictan estos versos recién escritos.

Si no lo creen, cierren los ojos: Oirán al mar y a sus gaviotas,
y en los párpados pintados en traviesas calcomanías,
lucirá la sonrisa de todos estos viejos
que para ustedes les he creado,
mientras, en el aire, cae una arruga
que no es otra cosa que un pañuelo que me mandan
para lucirlo en el bolsillo alto,
de un traje que estrenaré esta tarde,
día en que el abuelo se hizo viejo.

Patio viejo

Patio viejo
callado como si no recordara nada,
ni hubiera una mano que abriera los postigos del viento
y lograra arrebatarlo de su hermetismo.

Patio viejo, con tablas descentradas,
carcomidas: clavos y clavos
que muestran en su herrumbre sus cabezas amarillas
como sus espaldas incapaces y encorvadas.

Gallineros muertos
como esas rejas de las tumbas pobres
de los cementerios.

Ya no siente que lo picotean las gallinas
ni lo despierta la mano sonora del gallo
para anunciarle el corcovear de la mañana,
ni esos amarillos algodones con su collar de pío-pío:
¡nada de todo eso en el patio viejo!

Ahora, allá adentro de la casa, llegan las gallinas.

Los pollos desnudos o con mamelucos de nylon:
ya dormidos no en palos sino en bandejones
llegan muy blancos, desplumados ya de olvidos.

Al fondo, sigue a la manera de canoa varada en la playa
la batea donde el jabón subía en espuma
y la vieja lavaba la ropa
mientras le cantaba con voz gruesa de pirata
un romance de amor sin olvido.

¡Era el patio alegre de sol y de la vida!

Ahora una máquina en cuartos lejanos hace girar la mano,
espuma y escobillas y la ropa sale limpia caminando sola.

Sólo de vez en cuando llegan niños de caras nuevas
y lo humedecen de alegres gritos,
cuando caen una bolitas a unos ojales que abrieron en su traje.

Y siente esa nostalgia sin llave del hombre viejo y solo
que cada mañana despierta y sabe que ya ni sueña,
porque hasta los sueños se cansaron de caminar por sus párpados.

... y aquella mañana se sorprendió lleno de gente:
escaleras, palas, chuzos y picotas.

Lo medían, lo tactaban de lado a lado y sintió su viejo cuerpo herido,
cerró la voz y los ojos del recuerdo entrando lentamente al olvido.

Una voz bronca de los recién llegados dijo:

- Era más grande de lo que creía, caben tres piezas y un pasillo
de tierra largo que el abuelo pidió para plantar geranios.

Responso a un azucarero viejo

El azucarero viejo
tiene vieja su cara y sus arrugas son muy viejas.
Está salpicado con venas de luto.
Sus heridas de tiempo se descascaran;
me ha dado mucha pena ver que esta mañana,
lo arrojaron al tiesto de la basura.

Cumplió ya su tarea en nuestra mesa,
porque el mundo está hecho así:
arrinconan a la abuela o al taita muy viejo
porque no saben vivir estos tiempos, y ellos
con sus dulces y lejanos recuerdos
¡cuánto se parecen a este azucarero viejo!

Lo miré desde lejos y pensé:
¿Cuántas toneladas de azúcar
no viajaron por sus anchas bodegas,
a endulzar nuestros paladares...?
¿Desde qué mares lejanos
traían la dulzura dibujada en sus barcos?
¿Cuánto sudor de negros, de blancos,
sostenían esos millones de puntitos,
que era cifras, generosas, en los mercados bursátiles...?

Los ingenios mordidos, cortados de vidas,
por diestras tijeras;

dulces cabelleras al viento en las aspas de la zafra.

¡Azucarero viejo, País de Mermeladas
con enanos de alfeñique!

Ahora que soy dueño de una mesa
habitada por tantos hijos,
quisiera haberte rescatado aquella mañana
y tenerte conmigo, igual que fueras una carta o un retrato.
Mostrarles a ellos tu generosa panza, tu idioma de azúcar
que aleccionó con dulzura nuestra infancia.
Esa misma dulzura que ahora hacen danzar los míos,
con sus cucharas en cada taza.
Es la misma azúcar que sube desde los paladares
y riendo se asoma y hace más dulces
los ojos y sus miradas.

Azucarero viejo:
¿pensaste alguna vez, en tu mundo enlozado,
que alguien te escribiría un responso de tu lejano cierto?

Quizá porque siento, igual que tú, descascarse la vida
y la porcelana en su almanaque mantenerse quieta,
sin mover la vida, sin dar vuelta sus hojas.

Quizá porque dimos en primavera y verano
toda nuestra dulzura de alegre cigarra,
y ahora nos tiran al tiesto de desechos
y no tenemos, ni siquiera, la dirección de la comadre Hormiga.

Cosas de la sangre

I

¿No ha sentido nunca arrugarse su sangre?
Es como estarse mirando de abismos
y sentir el fluido hechizado del vértigo,
hay un rumor de muelles que incendian maderas y jarcias
y caen palitroques violetas, a las dormidas ojeras.
Sentimos pasar nuestras sienas
en el dulce equilibrio de una cuerda
que luce un reloj aceitado de tiempo.

Para la alquimia de los ojos,
el oído ya ha encendido su lámpara
y la lengua rosada y compuesta
sale a tomar el sol en la plaza de las palabras.
La choza húmeda de la nariz,
sabe dibujar con fina daga, la simetría del rostro
y allí está nuestra boca, sonriéndonos y, en saludo camarada,
nos invita a soñar el mundo.

II

Pero tenemos arrugas de sangre,
parece un traje mal planchado.
La Luz no encuentra su molde preciso
y segmenta en claroscuro su recado.

El dolor cae, igual que niño sorprendido
por su sombra, que le hizo una zancadilla y quedó,
cara al cielo, dormido en la calle.

En mi radio cantan voces, ruedan discos
por caminos de acetato y dientes de púas.
La música es un tablero de ajedrez,
negras y blancas danzan ballet de casilleros.
Mi organismo no es otra cosa que un calendario de fechas
en un armario de leyes y decretos.
Allí está el dolor de una oficina sin máquina
y de un ascensor detenido que acaricia minifaldas.

|||

La sangre está allí, apoyada en su báculo
barnizado de colores que no tienen época,
trepa, sube, cae, desciende y se asoma al mundo
a preguntar la hora, al primero que pasa.

La sangre se cansa, duerme siesta de hamacas
y ya nada tiene que ver con herencias ni legados;
obtuvo del Notario el título de propiedad
que inscribió en el Departamento de Bienes Raíces.
Es sangre mía, renovada hace lejanos lustros,
corre por mi cuenta, lleva sólo mi rostro
pero sabe agradecer cuando viaja por las tardes,
los puertos que le entregaron su primera carga.

Mi sangre está triste y le duele caminar tan sola,
pero ya entregó, en cubierta, muchos mástiles de inicio
que ahora son fuertes canoas, rápidos bajeles al encuentro
del tiempo que los hará dueño como yo los he hecho,
de matricular su nave en cualquiera Notaría del Puerto.

Sangre que es red caminera, mermelada del tiempo
en la mesa que tuvimos en la infancia lejana.
Cierro los ojos y te siento en sandalias de asombro
pisar en puntillas, para no despertarme.
Pero ya de día nuevo, nos levantamos juntos,
hasta que el tiempo nos señale, cualquiera mañana,
un tren de juguete, con un mameluco negro
y un Jefe de Estación que enarbole su pito
y nos silbe la orden que se da siempre
en todos los muelles y estaciones del mundo:
«Pasajeros, a bordo, ya todo está listo».

El regreso de las estrellas

Si las estrellas allá en el comienzo
donde no existe ni el padrón de inicio
se desgarran con sus propias manos
y viajan en parpadeo de remotas luces
y llegan por las noches a nosotros
después de haberse extinguido
hace millones de años
la pregunta surge a esta hora
en este mismo instante
cuando un microorganismo
que es nuestro
se desgarran en la incógnita.

¿Viajará esa luz que nimbó
su cuerpo
y estaremos alguna tarde
mirando su regreso
golpeándonos los ojos
como un remoto viajero
que golpea otra vez
la misma puerta?

El amor que fue luz de relámpagos
en el placer de la unidad perseguida,
el amor que tuvo luz al remecerse
entre los ojos de sus hijos

o ese amor tejido en luz
al brillo de brasas tiernas
de aquellos seres que le dieron
vida a sus cenizas,
¿no cruzarán también los cielos
y en eco de raíces
volverán a germinar en luces
en las semillas del regreso?

Si esos cálculos perfectos
se dan en luminosas fantasmagorías
y renacen las estrellas
ya millones de años idas,
¿por qué a esta hora
que te miro dormida
adentro de ese árbol cepillado,
ahora que el dolor
nos hace buenos
y podemos mirarnos al trasluz,
por qué a esta hora
que todo lo creo
que todo lo espero
por qué en estos instantes
no sucede lo mismo?

La pregunta eternizada

Llegamos entre una luz que no sabemos de dónde viene
y esa uva que se hace colores de infinitas esquinas,
nos recibe un balancín de manos
(pronto sabremos que así se llama).

Se nos recibe, se nos acaricia, se nos ilumina.

Llega después alguien que sabremos será Ella

y otros ojos, con otras manos, que sabremos será El.

Se apoderan de nuestros ojos,

pondrán una escritura en nuestro rostro,

nos miran, redoblan con las caricias, y en una sola voz,

como ese cáñamo que se trenza, dirán:

«Es nuestro hijo».

¿Quién ordenó que llegáramos, precisamente, a esta casa?

¿A este lugar, a este sitio, a esos dos seres que nos aguardan.

Ahora que he leído textos de geografía,

no podía haber sido esa llegada en el trópico,

en uno de los polos

o en un palacio, en una lancha o en una cabaña

de otros Continentes?

¿Y tuvo que ser en esta fecha, a esta hora?

No pudo ser esto el próximo año o en el próximo siglo? ...

La vida para todos los que como tú llevamos,

levanta su tienda de campaña.

Unos tienen que fortalecer el brazo, talar árboles,

deshuesar el mar o visar pasaportes a turistas

que vienen desde una tierra, que no conocerán nunca.

Otros tendrán una máscara adecuada
para cada hora del breve calendario de su vida.
Una guagua con resortes de aire acondicionado
y un biberón de leche y de oxígeno,
muñecos vitaminizados en lípidos columpios inmunizados.
Escuelas altas, con pisos y maestros relucientes;
luego la vida con su arcón inagotable, piernas dulces,
camas rectangulares en cada rincón del paraíso,
con un carrousel que gira adentro de un vaso.

Miro a los que pasan por mi lado: al que vende barquillos,
a los amigos que vocean los diarios
y a los que muelen papel de chaya en los ojos,
para ganar el aserrín del circo.

A ti hermano, a ti amigo, a ti camarada desconocido,
del lugar que seas:
de la rosa de los vientos o del punto habitado de la brújula.
¿Acaso no te has preguntado siempre lo mismo?

Y así una tarde cualquiera, a una hora en cualquier reloj,
ellos se nos van de repente y nos dejan solos.

A su vez también nosotros hemos hecho lo mismo.

Y, sin saber, ni conocer la firma de un permiso,
hemos traído a nuestros propios hijos.

Y así como llegamos nosotros, como se fueron ellos,
sin anuncio ni el más leve presagio, nos queman, nos incendian
los sesos.

No nos hablan, sino que con señas nos indican
que ha llegado la hora de irnos:

¡Y nos vamos!

Y, ¿a dónde?, ¿a qué sitio?
Volveremos al lugar de donde vinimos,
regresaremos a lo que no sabemos,
será con este último traje, que nos vistieron
o tendremos algunos, sastre especial,
que nos vista de nuevo...?

A mi lado se habla de libertad,
de autodeterminismo, del triunfo de la ciencia
y aquí detenidos, somos hojas de un libro escrito,
que vino de un texto que no tiene comienzo,
escrito en lenguaje que nadie entiende
y que más nos pueden decir los lentes,
la Biblioteca de Alejandría, una escultura de Miguel Angel
o Neil Armstrong, besando como Colón el polvo de la luna.
Nada, porque en estas cosas se ahorca el diálogo
y nadie responde a no ser un espejo loco,
en la mano de algunos hombres
que según ellos conocen la verdad y la predicán,
pero nosotros nos quedamos mirando la tierra,
que nos lame la suela de los zapatos
y una mariposa penetra por los cordones
y el cielo abotona una sonrisa
al ojal interrogante de la mirada
y es mejor no pensar en nada
y acomodarse a soñar en la hamaca
que tejieron los huesos,
hasta irnos con ellos remando en silencio
esta barca tan extraña que nos dieran en préstamo.

El milagro

A Federico

El milagro es la conversión de lo imaginado, intangible,
a lo Real.

Pero el milagro es uno solo:
«*Nosotros caminando*».

En esta ciudad que vivo, con mercachifles que lucen el oro
de sus boletas, el agua pura y cristalina,
no podrá ahuecar nunca, en sus copas labradas,
la libertad de sus susurros.

Llevan, por dentro, el signo inequívoco del Rey Midas,
ése que habitó la fábula legendaria
y ellos, uno a uno, son los que endurecen el milagro.

Después nadie los ve. No los mira. No los siente
cuando mueren adentro de sus armaduras amarillas.

El que mata, el que hiere, el que le roba, cual muñeco, la luz
del Alba, para que no se haga mañana, destruye el Milagro.

El que deshilacha su cansancio y no halla una aldaba,
y las bisagras del portón las oxidó la indiferencia;

el que busca las esquinas solitarias

y degüella los colores de las paletas de los pintores;

el que vende las cuerdas de las guitarras y de los violines

para ahorcar a un payaso de circo pobre

que se llevó de un zoológico un elefante y tres ponis

y los regaló a los niños de un asilo.

Todos, todos, cada uno de ellos, destruyen la luz del Milagro:

«*Destruyen el Milagro*».

Destruye la luz que sostiene al hombre en la tierra
y hasta el hilo invisible que cose la sombra a nuestro cuerpo,
es obra sólo del Milagro.

Por las noches se echa la sombra a los pies de su amo
y duerme junto a él en la vibración de un mismo latido,
hasta que llega el Milagro del nuevo día.

La sombra se levanta junto a su amo, se pone el mismo traje,
entre los dos, regulan y aceitan sus movimientos
y se echan a rodar por el mundo.

¿Y creen ustedes, que hay manos con tijeras,
que cortan esos hilos invisibles y rompen el Milagro?

El Milagro de Luz existe y viene recién bañado
en la luz de los ojos del niño que llega
con una estampilla invisible en la frente, tal si fuera una carta
que dice en su rótulo:

Me llamarán Betito, Patricio o Animaría.
Nada se improvisa, todo está planificado,
menos el Milagro.

El Milagro es sencillo, tiene alas de papel sin rayas.
El Milagro es invisible y no usa tarjeta de visita,
no necesita puerta de ingreso, ni muelles, ni andenes.

El Milagro se hace Milagro
y no tiene definición, ni diccionario, ni colores.
Vive, camina y sueña dentro de sus muros solitarios y es feliz,
y nos hace señas cuando nos mira desde su ventana
caminando caminando.

El regresa

Si tomáramos el sueño
de su último párpado,
sea éste el tiempo del milagro
y el de su regreso.

¿Qué piel vestiría
la estación de sus manos?
¿Quién reabriría
la luz del hallazgo?

Nadie sabe si el azul
es la vértebra del sueño,
tampoco que el negro
es un canto solitario
que se bebe a sí mismo.

Y que el blanco nació
de un pezón predestinado,
para alimentar el primer rebaño,
que hubo en el mundo.

¿Será, entonces, cuando
El nacerá de ese encuentro,
de colores con cara,
con bocas que muerden?

¿Volverá a llagarse
su reloj de pulsera
cuando repose en la esfera
de su bíblico costado?

Pero el hambre tendrá
siempre su vientre desnudo;
aunque revivan los mamuts
y entreguen, en hartura,
su festín de carne milenaria.

Cuando El vuelva con su prédica
de paz, de amor entre todos,
en vez de darle a mascar
el madero de una cruz,
lo encerrarán en una probeta.

Al saber su grupo de sangre,
su conformación antropológica
después de que el Carbono 14
verifique las edades
y aparezcan esos dos mil
años que El proclama,
en un papel de oficio,
por cierto dirigido
al caballero que manda
en las Naciones Unidas,
le dirán -cautamente-
en un informe secreto,

acompañado
con el exhaustivo examen:

*«Tiene mucha semejanza
con Aquél que vino
hace dos mil años
pero, a fin de evitar
que surjan nuevas
conflagraciones,
aconsejamos, si Usía
no ordena otra cosa,
que siga para siempre
viviendo en la Probeta».*

Wilucho y Don Alvaro

Respondo a los hijos
de 18 y 16 años.

Si te enseñaron
a creer en Dios
y no te sirve;
si te enseñaron
a adorar la cruz
y no logras morder
su madero,
ni entender el jugo
que mana de su luz,
cámbialos...
cámbialos.

Si te enseñaron
a amar la paz
y a respetarla,
y a ofrecerle la derecha,
cuando te encuentras
con ella,
en alguna calle
y no te da las gracias,
ni te mira,
en vez de seguir
con ella,
mintiendo su presencia,
cámbiala.

Si te enseñaron
desde el púlpito
o de las tribunas
a confiar en consignas
u oraciones
y nadie acude a tu llamado,
cuando más de esas cosas
necesitas,
cámbialo...
cámbialo todo
y sé gozosamente
libre,
íntegro,
puro,
y si no encuentras
la libertad que buscas
y piensas que la tierra
es una tapa de ataúd,
que el amor,
la luz,
la vida,
son monedas de fácil
cambio,
entonces,
en la primera esquina,
en la primera feria,
en el primer mercado,
cámbiate,
cámbiate entero
y empieza de nuevo.

El viajero

El viajero está ya preparado
y su alma lo espera a la puerta;
para él recorrió el nuevo camino anticipado
para evitar se extraviara entre luces inciertas.

No siente el cansancio de la angustia
y una paz de batistas recién hechas,
parece mecerlo en pausa de una siesta
cada vez más lejana, cada vez más presente.

Su alma se acerca y le musita un secreto.
Rara luz su rostro transfigura
y los ojos familiares en quebranto
de asombro se miran en silencio por dentro.

Si él pudiera decir lo que ya sabe
no habría tal dolor en acecho.
Se irá con su alma y su misterio
y el padrón de la llave para ese ingreso.

El viajero está ya lejano y no siente
el rumor de tantos alumnos de la muerte
que en los colegios del tiempo ahora despiden
a ese Viajero que ya se tituló de maestro.

Cuando muera...

Cuando muera, Albi,
no, no me llores,
no me distiendas
en flechas locas.

Llorar es echar
afuera luces,
voces, sueños:
todo lo nuestro.

Guarda el llanto,
seguiré en él
desnudo, viendo
abotonarse
todos tus días,
todas tus noches.

No me llores, no.

Salí de viaje,
con mi retorno
te conversaré
apenas duermas,
y en ese idioma
de letra fácil,
me haré contando
lo que ya siento.

Todo es nuevo,
voces y rostros,
pero nos brilla
la luz serena
de algo nuestro,
luz intangible,
presencia clara;
tú y los míos
danzan danzando
y abren caminos,
y mi regreso
se hará fácil,
entre unas calles
de nombres simples,
con ojos tuyos
y de los míos.

No me llores, no
cuando esté ido,
el llanto llora
nuestra figura,
la descolora
y la deslíe.

Cuando muera, Albi,
cierra los ojos
y déjame, Albi,
sufrir contigo.



BIBLIOGRAFIA INCONCLUSA

1934. «*Mi Terruño*».
Poema publicado en la Revista «POLOLO». Argentina. Noviembre.
1938. Ejerce la crítica literaria en el diario «LA PATRIA», de Iquique.
«*Vertical*», poema publicado en la Revista «GONG».
Colabora en la Revista Literaria «PULSO». Boletín de Arte y Literatura, de Antofagasta.
1939. Dirige la sección «El Rincón Poético» del diario el ABC, donde publica algunos de sus poemas.
1942. **INAUGURACIÓN DE LA TIERRA.**
Antología de la poesía del Norte. Imprenta Skarnic, con el auspicio del Comité de Cultura de la I. Municipalidad de Antofagasta. Incluye a Raquel Gutiérrez Valencia, Nicolás Ferraro Panadés, Arturo Ramírez B., Manuel Durán Díaz, Danilo Tacussis y Raúl Huerta Palma.
1942. «*Los sesenta pesos de Lucho Rivera*».
En TRES CUENTOS DEL NORTE. Imprenta Macfarlane. Corresponde al segundo lugar obtenido por Manuel Durán Díaz. El primero lo obtuvo Mario Bahamonde con «El cara'e picante»... Se hizo posteriormente una radioteatralización a través de las ondas de Radio Universidad Técnica del Estado, Antofagasta.
1947. **TIERRA DE MADRUGADA.**
Homenaje a los niños de Antofagasta. Portada de Huelén (Juan Francisco González; interiores de Osvaldo Ventura López). Imprenta del ABC.
1952. **COBRYSAI.**
«*Viajera*».
Poema en Página Literaria. Las palabras de hoy. Diario El Eco, de La Calera. Año IV. Tercera época, N° 48. Sábado 30 de agosto.

1959. «*Caspana*».
Cuento publicado en EL MERCURIO DE ANTOFAGASTA. Basado en un hecho policial verídico.
1960. «*Canto a Calama*».
Litopoea instalado en la Plaza de Calama. Corresponció a un Concurso de Poesía.
1960. «*Nuestra arena*».
En 16 POETAS NORTINOS. Grupo Letras. Antofagasta. Pgs. 67 a 75.
1961. «*Antofagasta*».
En ANTOFAGASTA, PASIÓN Y POESÍA. Grupo Letras. Imprenta del Liceo de Hombres de Antofagasta. Pgs. 48 a 50.
1966. **EL DERROTERO DE NARANJO.**
Radioteatro que se publica, además, en el Suplemento Dominical del diario «EL NORTE», de Antofagasta.
1972. **UNA PLAZA PARA LA MUERTE.**
Obra teatral representada. Edición de 300 ejemplares, DIN (Distribuidora de Industrias Nacionales, ex Casa Gómez, Antofagasta).
1974. **ARMANDO CARRERA.**
Obra teatral representada.
1977. *Selección de once poemas.*
Edición de Nicolás M. Peters. Panamá. Febrero.
1977. *Poemas Inéditos.*
CUADERNOS DE FILOLOGÍA. N° 7. Universidad de Chile, Sede Antofagasta. Segundo Semestre. Pgs. 33 a 37.
1978. *Selección de siete poemas.*
En ANTOLOGÍA ATACAMEÑA. Poesía y Cuento. Compilación y notas de Alfredo Aranda. Editorial Nascimento, Santiago de Chile. Pgs. 153 a 163.
1979. «*Derrotero*».
En HACIA N° 97. Epica de Antofagasta, 14 de Febrero 1879 - 1979.
1980. *Homenaje a Manuel Durán Díaz.*
TALLER DE LITERATURA «RECITAL» Antofagasta. Noviembre. Incluye, además, textos de Ivo Serge, Eduardo Díaz Espinoza, Sergio Gaytán M., Osvaldo Maya C., Andrés Sabella, un poema de Guillermo Ross-Murray y diez poemas del autor.
- S/F. «*Mar*».

- En PEQUEÑA GUÍA LITERARIA DE ANTOFAGASTA. Eduardo Díaz E. Ediciones SECh - Antofagasta. Talleres Gráficos de la U. del Norte, Antofagasta. Pgs. 22 a 23.
1993. *Manuel Durán Díaz*.
En 14 AUTORES NORTINOS. Sergio Gaytán M. Ediciones Universitarias. Universidad Católica del Norte. Impreso por NORprint, Antofagasta, julio. Pgs. 54 a 62.
1994. «*Derrotero*».
En SIMPSON SIETE. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile. Vol. 6. Segundo Semestre. Libros y Autores de la Segunda Región. Sergio Gaytán M. LOM Ediciones Ltda. Pgs. 77 a 78.
«*Sinopsis para una biografía*».
En SELECCIÓN DE AUTORES Y TEMAS DE LA SEGUNDA REGIÓN. Sergio Gaytán M. Jornadas de Perfeccionamiento Docente. Secretaría Regional Ministerial de Educación. Impreso en NORprint, Antofagasta, noviembre. Pgs. 26 a 28.
1996. «*Sinopsis para una biografía*».
En SELECCIÓN DE AUTORES Y TEMAS DE LA SEGUNDA REGIÓN. Sergio Gaytán M. Ediciones Universitarias. Universidad Católica del Norte. Impreso en NORprint, Antofagasta, octubre. Pgs. 74 a 76.
1997. **TRES DIMENSIONES PARA MI TIERRA**. Ediciones Universitarias. Universidad Católica del Norte. Impreso en NORprint, Antofagasta, agosto.

INDICE

Prólogo:

Manuel Durán Díaz. El hombre y su obra veinte años después.	9
Y el verso te cuenta	15
Manos para una historia	18
Domingo de calendario	21
Luna para dialogar	22
El color de la costumbre	24
Canción de marzo para la escuela	26
Arcano	29
Cercanía	30
El vaso	31
Transformación	32
Sed en la tarde	33
Nuestra división	34
¿Por qué?	35
Viajera	37
El sur para la lluvia	41
Cartulina de lluvia	43
Norte lluvia	45
Carta Sur	47

Carta Norte (II)	49
Sinopsis para una biografía	51
¡Pampa y Niño-Dios!	53
Prehistoria de nuestra arena	54
Blanco, Rojo y Amarillo	56
Disco siglo XXI	58
Disco «78»	61
Long - Play en «45»	63
País de ancianos	65
Patio viejo	67
Responso a un azucarero viejo	69
Cosas de la sangre	71
El regreso de las estrellas	74
La pregunta eternizada	76
El milagro	79
El regresa	81
Wilucho y Don Alvaro	84
El viajero	86
Cuando muera...	87
Bibliografía inconclusa	89

EDICIONES UNIVERSITARIAS

1. Constitución Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las Universidades Católicas.
2. Doctrina Social de la Iglesia. A cien años de la Rerum Novarum.
3. Inauguración Año Académico de la Universidad Católica del Norte. Sede Coquimbo.
4. Hemana Elsa Abud, C.D.M. Incorporación a la Academia Chilena de la Lengua.
5. Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús.
6. El empresario cristiano. José Zabala De la Fuente.
7. Mujer y Creación. Mercedes Valdivieso.
8. Moral, Juventud y Sociedad Permisiva. Carta pastoral del Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo Cavada.
9. Evangelización y Cultura. Francisco López F. (Ilades) y Carlos Hallet C., S.J., Vice Gran Canciller de la Universidad Católica del Norte.
10. 500 Años. Homenaje de la Universidad Católica del Norte al Descubrimiento de América. Compilación de Mario Cortés F.
11. Estatutos de la Universidad Católica del Norte.
12. Certamen de Literatura Mención Cuento para Estudiantes Universitarios de la Macro Zona Norte.
13. Fiesta en la antípoda. Reflexiones sobre el Ocultamiento de América (1492 - 1992). Lautaro Núñez A
14. La Comisión Científica Española al Pacífico en Chile (1862 - 1865). Diario de Francisco Martínez y Sáez. Transcripción, estudio preliminar y notas, José A. González Pizarro.
15. Reglamento de Personal No Académico.
16. Diócesis de La Serena. Historia de su crecimiento y desarrollo. Nibaldo Escalante Trigo, Pbro.
17. Guías de Etica Profesional. Renato Hasche Sánchez, S.J.
18. Catorce Autores Nortinos. Sergio Gaytán M.
19. Concurso de Cuentos para Escritores de la Primera a la Cuarta Regiones (1993).
20. La Compañía de Jesús y la Ciencia Ilustrada. Juan Ignacio Molina y la Historia

- Natural y Civil de Chile. José A. González Pizarro.
21. Gustavo Le Paige. Cronología de una Misión. Lautaro Núñez A.
 22. Umbrales. Paulina Cors. Antología en Cuatro Tiempos. Prólogo y Selección de Hna. Elsa Abud Y., C.D.M.
 23. Evangelización y Cultura. (Seminario). P. Fernando Montes S.J., Fidel Sepúlveda y Pedro Morandé.
 24. Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria. Documento. Presentación de Monseñor Patricio Infante Alfonso. Textos de Pío Card. Laghi, Eduardo Card. Pironio y Paul Card. Poupard.
 25. El beato Alberto Hurtado S.J.: su perfil espiritual. Carlos Hallet C., S.J. Vice Gran Canciller de la Universidad Católica del Norte.
 26. Ignacio Domeyko. Ciudadano de dos Patrias. Zdzislaw Jan Ryn. Embajador de Polonia.
 27. Segundo Concurso de Cuentos para Escritores de la Primera a la Cuarta Regiones (1994).
 28. Una reflexión mestiza desde la escritura de cuatro mujeres chilenas. Soledad Fariña.
 29. Reflexión Ética para el hombre y la mujer de hoy. Toni Mifsud, S.J.
 30. Desafíos de la equidad social. Patricio Aylwin Azócar.
 31. El sutil encanto de la Filarmónica. Relatos de la pampa salitrera. Mauricio Camus Angel. Prólogo de Osvaldo Maya C.
 32. Tercer Concurso de Cuentos para Escritores de la Primera a la Cuarta Regiones (1995).
 33. Del Big-Bang... a Adán y Eva. Carlos Hallet C., S.J. Vice Gran Canciller de la Universidad Católica del Norte. Prólogo de Francisco Claro H.
 34. El loco Polo y las polleras del mar. Xiomara Largo. Prólogo de Sergio Gaytán M.
 35. Selección de Autores y Temas de la Segunda Región. Sergio Gaytán M.
 36. Cuarto Concurso de Cuentos para Escritores de la Primera a la Cuarta Regiones (1996).
 37. La Universidad Católica del Norte y el Desarrollo Regional Nortino (1956 - 1996). Obra colectiva, coordinada y dirigida por el Dr. José Antonio González Pizarro.
 38. Antonio Rendic Ivanovic. Médico de los pobres. José Miguel Armendariz Azcárate.
 39. Discursos Cuadragésimo Aniverario, Universidad Católica del Norte.
 40. De Norte y de Ser. Miguel Squella, S.J. Nota liminar y antología poética, Hna. Elsa Abud Yáñez, C.D.M.
 41. Tres dimensiones para mi tierra. Manuel Durán Díaz. Prólogo y selección de Sergio Gaytán M.

Tres dimensiones para mi tierra es un periplo donde el lector recalca en las temáticas preferidas de Durán Díaz.

La infancia, atenta a esa campana colegial que *parte el cielo en un terrón de música, / con una mitad de sueños y otra mitad de azúcar*. Infancia inocente con caritas donde *En lugar de los ojos, / dos bolitas perseguían / una invisible / ¡hachita y cuarta!*

El amor, sea el de encantadoras muchachas que *bajo la tarde / adelgazan sus siluetas / en láminas de plata fina*; o el que en su trascendencia, llega al prójimo con su halo testimonial. Ser nortino es entender por qué *Las nubes, por estas regiones, pasan de largo: Para esta zona no llega el presupuesto de las lluvias*. Amarga verdad de un territorio que *registra el más alto porcentaje / de niños analfabetos de la lluvia*.

Amor de dolido sentir acendrado ante el desierto y sus circunstancias y que, cuando aflora lo hace con suavidades de catarsis y *con el heroísmo puro / de la mano que sin verdes ni lluvias, / supo fecundar esta tierra*.

Transcurre el tiempo, el hombre se afana por entender su razón de ser. Años *entre espejos de arenado sol* y un buen día, *la pampa entera se nos viene encima / y no sabemos si es la paz del diluvio o comienza a nacer el mundo*. Se impone la vital necesidad de referirse a ese *desierto con milenios de arena*. Se le canta hasta que una vez, en la creencia de que sus posibilidades se han agotado, se advierte, con asombro que *¡Este es un gránulo de arena! ¡Un extracto cósmico! / ¡Un principio tangible que dio forma al Universo!* El ciclo de lo universal, se ha reiniciado. El hombre deberá enfrentarse a *las preguntas eternizadas*.

Las singulares respuestas para éstas, explican la universalización de la poesía de Manuel Durán Díaz, cúspide a que llega en **Tres dimensiones para mi tierra**.

Oswaldo MAYA Cortés
Miembro Correspondiente
Academia Chilena de la Lengua

Si ves a un hombre sentado en una
piedra del camino y desandás el
cansancio desde su ovillo y te dices: *Qué
cansado debe estar! Es muy lógico:*
¡Natural!

Pero si a alguien cuentas:

- *Bajo esa piedra otro hombre camina y
camina, sin detenerse jamás. Dime, dime,
¿quién te creará...?*

Te pedirán ver a ese hombre. Si tú
levantas la piedra y ese hombre no está,
y dices:

- *Se ha ido ya. ¿De ti, qué pensarán...?*

Conversa siempre sólo de ese hombre
que todos ven. Serás sensato, ponderado
y cuerdo. Y a ese otro hombre que sólo
tú ves, guárdalo contigo, dale voz, dale
cariño y déjalo ir.

El otro, cuando deje el cansancio, te hará
una seña, se irá y jamás lo verás. En
cambio, a ese otro, en cada piedra de la
tierra, cuando lo busques, lo hallarás.
Sonreirá contigo, siempre algo nuevo te
hablará. Así tendrás toda la tierra llena
de amigos.

La lección sin olvido.

En original y en afecto a Sergio Gaytán M.

Manuel Durán Díaz